

## **ENCUENTROS EN VERINES 1992**

### **Casona de Verines. Pendueles (Asturias)**

#### **LAS PALABRAS DEL PERSONAJE**

José Luis Alonso de Santos

El ser humano aprende en los primeros años de su vida a emitir una serie de ruidos, por imitación, que al ser pronunciados tienen la recompensa de producir un efecto mágico: dice <<mama>>, y su madre aparece. Dice <<agua>> o <<galletas>>, y llegan a sus manos. Además a sus padres les encantan los progresos en ese aprendizaje de palabras, que le permite expresar sus deseos y conseguir algunas de sus metas. Enseguida se da cuenta el niño de que ciertas expresiones tienen mejor acogida que otras. El paso siguiente en la evolución de su lenguaje será prestar su voz a muñecas y coches para que se expresen a su vez y se comuniquen entre sí y con él. ¡El mundo empieza a ser dominado!

De joven y de adulto seguirá tratando de aprender palabras que le permitan representar los diferentes papeles que tenga o desee hacer en la vida. Los exámenes del instituto o sus temas amorosos se resuelven con palabras.

Un chico enamorado que quiere conseguir a una chica le pregunta a un amigo: <<¿Y qué le digo?>> Un trabajador que espera que le reciba su jefe para pedirle un aumento de sueldo ensaya –por o bajo—antes de entrar a su despacho, lo que le va a decir, con la esperanza de que las palabras adecuadas le proporcionen sus objetivos deseados.

Papeles y palabras, roles y más roles representados que forman el conjunto de nuestra vida y dan un paisaje aproximado del carácter y personalidad de cada ser vivo, según los papeles que representan más a menudo en sus luchas y conflictos cotidianos con su entorno.

Las palabras que usamos son sólo frases aprendidas para representar nuestros papeles. Estas que yo digo ahora corresponden a mi personaje de escritor que habla a otros escritores. Ante mi mujer uso otras, o ante mis hijos, o si hago – para mi mismo o para otros—el papel de feliz, desgraciado, o se que se ve cerca o lejos de sus metas,

cambian mis palabras. El que disfruta o sufre los papeles que hago, las palabras que escojo y su buena o equivocada actuación y elección.

El conjunto de nuestra personalidad consiste pues en suma de una serie de personajes ensayados y aprendidos a lo largo de nuestra vida: <<hijo bueno y hombre emprendedor>>, <<simpático fuera de casa y malhumorado dentro>>, etcétera. Cada uno de esos personajes tienen sus propias palabras. El conjunto de ellas constituye nuestro lenguaje.

El diálogo teatral debe tener una capacidad de comunicación sonora, cercana, real y auténtica con el espectador. Ha de ser verosímil y emocional. Y, en resumen, tiene como condición principal la de ser material dramático interpretable por un actor convertido en personaje. Tiene que permitirle por tanto, realizar roles determinados. Cuando escribimos un personaje sus palabras valen para mostrar los diversos roles que van a representar y para comunicar lo que é cree que lo demás personajes que le rodea, configurando su propio mundo, esperan de él.

La vieja fórmula <<dime como hablas y te diré quién eres>>, es uno de los elementos constitutivos de la creación del personaje. A ella podríamos añadir las de <<dime como hablas y te diré hacia donde vas, y de donde vienes>>, Es decir, las palabras definen a los personajes en cada momento del desarrollo de la acción dramática: sus conflictos, sus metas, sus emociones, sus relaciones con el entorno, su posición social, sus logros y fracasos, y su manifestación externa como seres vivos.

Al vivir, actúo. Y al actuar uso mis palabras como elemento básico de construcción de mi papel a representar, como intento de transformación en el conflicto escénico del otro, del mundo que me rodea, y de mí mismo. Me transforma y creo mis propios papeles en la vida al tratar de transformarme en lo demás. Y el arma que utilizo para intentar ese cambio es el lenguaje.

Mi principal trabajo cuando escribo consiste en encontrar en cada momento del desarrollo de la trama escénica, las palabras adecuadas que definan, con la mayor complejidad y riqueza, el personaje dentro de una situación determinada.

Las frases que sirven para varios personajes de la obra no son significativas. Como tampoco lo son las que pueden ser utilizadas por un personaje en diferentes momentos de la evolución dramática. Si que lo serán aquellas otras que marquen sus contrastes con los demás, a la vez que la singularidad y peculiaridad de cada momento que vive ese ser.

Dibujamos a los personajes por medio de las palabras que dicen. Pretendemos así crear un mundo real en la escena, dando a ese término: <<real>> una dimensión artística. Los trazos, por tanto, tienen que ser definidores de esa nueva realidad surgida con nuestra creación. Para ello modificaremos algunos elementos de la vida real, en que también se usan palabras, pero en una dimensión temporal, espacial y casual diferente.

Los factores dispersos y caóticos de la vida real han de ser codificados en nuestra creación logrando un acuerdo previo con el espectador –o lector—de un nuevo valor de esas tres dimensiones citadas de tiempo, espacio y causalidad.

Un espacio convencional, una causalidad encadenada en la creación dramática y un tiempo de vida del personaje teatral que tiene como característica esencial la brevedad, pues toda su peripecia vital va a ser interpretada por un actor en el marco temporal de unas dos horas, que además tienen que compartir con otros personajes: síntesis de vida por tanto. Años resumidos en minutos. Emociones concentradas. Conflictos llenos de urgencia por su necesidad de resolución inmediata. Personajes descendiendo por un tobogán hacia su destino.

Las palabras, en el diálogo teatral han de huir de la generalidad y meterse en el territorio de la individualidad. Las palabras: con todo lo que se esconde, lo que mienten, lo que no dicen, lo que se equivocan, lo que se contaminan de ideología no deseada, de sueños, de deseos, de emociones y de la parte desconocida de nosotros mismos.